

LA EDAD DE LOS HÉROES EN HESÍODO

A partir de los trabajos de M. L. West y F. Solmsen¹ parece ya estar fuera de duda el hecho de que la *Teogonía* y *Los Trabajos y los Días* son, al menos en sus partes esenciales, obras del mismo autor: Hesíodo de Ascra, que habría vivido entre mediados del siglo VIII a.C. y mediados del VII a.C. Por consiguiente nuestra argumentación se desarrolla sobreentendiendo esta hipótesis.

Creemos, con O. Gigon², que la obra hesiódica surge de la interacción de *mythos* y *logos*, de esa situación única en la historia que dio nacimiento al espíritu helénico. *Teogonía* y *Los Trabajos y los Días* constituyen una profunda reflexión acerca de la naturaleza humana, tal vez la primera del mundo occidental; estamos convencidos de que ambas integran las dos partes de un solo pensamiento mítico-filosófico sobre el Hombre. Representan dos perspectivas ante un mismo objetivo: La *Teogonía* nos ofrece una visión del plano de lo sagrado desde sus orígenes, es el desarrollo poético de la evolución de las fuerzas divinas. Encontramos el mito cosmogónico y las sucesivas generaciones de dioses con sus luchas hasta la instalación definitiva de los tiempos de Zeus o reinado de la Justicia. Toda la *Teogonía* es un himno a la fuerza cósmica ordenadora, fundante, de Zeus que ha dominado a la naturaleza anárquica e inhumana: Zeus es la fundamentación y basamento de un mundo humano construido por encima de la naturaleza virgen.

A su vez, *Los Trabajos y los Días* son una visión de la situación del Hombre sobre la Tierra, son una perspectiva del Hombre desde la interioridad de lo humano. Podríamos decir que se trata de una "antropología" mítica que se despliega en concordancia con la teogonía ya desarrollada.

Nos encontramos entonces con que toda la cosmovisión hesiódica es cíclica: así como la evolución del Hombre sobre la Tierra está desplegada en el mito de las Edades, así también se llega al advenimiento del reinado de Zeus entre los dioses por sucesivas generaciones de dioses: Uranidas, Cronidas y Olímpicos. La concepción es cíclica porque no podría haber sido de otro modo; Hesíodo nos ofrece la concepción mítico-religiosa de una tradición, aquella que será la base del desarrollo del espíritu heleno. Esta estructura cíclica se encuentra en todas las concepciones tradicionales, baste mencionar al respecto la doctrina hindú de los Yugas, y la razón de que así sea se encuentra en la raíz misma del ser humano: La condición humana está deter-

1 F. Solmsen, *Hesiod and Aeschylus*, Ithaca, New York, Cornell Univ. Press, 1949. M. L. West, *Hesiod, Theogony*, Edited with prolegomena and commentary, Oxford, Clarendon Press, 1966.

2 *Der Ursprung der Griechischen Philosophie*, Basilea, Schwabe & Co., 1968. Cfr. C. A. Disandro, *Tránsito del Mythos al Logos*, La Plata, Hostería Volante, 1969.

minada por la muerte, la inexorable situación temporo-espacial del hombre determina que la vida sea una lucha (agón) eterna por superar la aniquilación, por alcanzar un estado de equilibrio, de perennidad perfecta que, naturalmente, ningún hombre puede lograr sin perecer. De ahí que la condición humana consiste justamente en que el Hombre intenta ser más que Hombre o, al menos, intenta superar su realidad limitada. Es decir que el Hombre es ante todo trascendencia, tendencia al "más allá" de sí mismo, pero, dado que ese impulso a un "más allá" es su finalidad última, nos encontramos con la trágica paradoja de que la esencia humana está definida, por un lado, por su situación temporo-espacial y, por otro lado, por su esfuerzo trascendente; o sea que el Hombre está determinado por "lo que es" y por "lo que no es", la naturaleza humana es dual y contradictoria, el Hombre existe por la tensión entre dos planos: el profano y el sagrado. Es la única criatura que nace con la nostalgia de un equilibrio que ha perdido, es la única criatura que advierte su caída en el tiempo, es la única criatura que es consciente de la muerte.

Desde tiempos inmemorables la respuesta de las tradiciones mítico-religiosas de los pueblos ante la condición humana ha incluido una concepción cíclica del tiempo, esto es, en la medida en que el Hombre no puede luchar contra la muerte intenta dominar el tiempo, lo organiza, le pone límites, destruye la duración lineal infinita: todos los años comienzan por un rito que reproduce el comienzo original, cada ciclo no está constituido por instantes nuevos e irrepetibles sino que es la reiteración del ciclo anterior. En los pueblos regidos por concepciones religiosas tradicionales la vida se organiza en torno de las fiestas o conmemoraciones que se repiten todos los años y que establecen una sacralización del tiempo profano, es decir que rescatan al Hombre del tiempo lineal que todo lo devora; de este modo el tiempo no es más que repetición de los orígenes en que todo fue creado. Correlativamente, las cosmovisiones tradicionales también son cíclicas, todo debe ser cíclico para que "lo sagrado" otorgue su auténtica realidad a "lo profano", la aparición de "lo sagrado" dentro de "lo profano" salva al Hombre de su naturaleza perecedera: la redención del Hombre llega por vía de la hierofanía.

Hierofanía es lo primero que encontramos en la *Teogonía* de Hesíodo: las Musas dirigen a un pastor su divina palabra al pie del sacro Helicón, este monte aparece como símbolo de comunicación entre el plano divino y el humano. El poeta accede al conocimiento de la cosmogonía: la unidad primordial se divide y da paso a la creación, a la manifestación del ser. De ahí en más las sucesivas generaciones de dioses muestran el ordenamiento paulatino de las fuerzas o entidades divinas que constituyeron, en el plano de lo sagrado, la condición humana. Todo desemboca en la instalación de la Justicia sobre el mundo con el reinado de Zeus sobre los dioses y los hom-

bres. Sin embargo, las generaciones de dioses aún no explican la condición humana en su totalidad: es el mito de Prometeo quien ofrece la distinción entre el mundo divino y el mundo humano y, a la vez, establece una clara ligazón entre *Teogonía* y *Los Trabajos y los Días*. En el mito de Prometeo y Pandora está descripta la caída del Hombre, la pérdida de un Paraíso original sin males ni muerte. Los hombres tienen las artes, tienen las ciencias, pero no pueden alcanzar la beatitud, no pueden evitar el mal instalado entre ellos por obra de una culpa: el Hombre percibe una culpa originaria como causa de su condición. Todo lo que representa Prometeo y todo lo que representa Epimeteo constituyen en definitiva todo lo que el Hombre es y, además, la aparición de la mujer, de la división en dos sexos, pone de manifiesto la dualidad de todo lo humano.

De este modo llegamos al verso 106 de *Los Trabajos y los Días*, donde Hesíodo dice que relatará *ἔτερον λόγον* y comienza el mito de las generaciones de hombres. Nos ofrece una visión cíclica de la evolución de los hombres en forma totalmente simétrica a las generaciones de dioses. Es decir que tanto el plano de lo divino como el plano de lo humano han tenido desde el origen un desarrollo cíclico: cada generación se desenvuelve hasta alcanzar su culminación y es reemplazada por una nueva. Es una "antropología" cíclica y la principal diferencia que posee con respecto a la teología cíclica reside en el hecho de que las generaciones de dioses se desarrollan hasta lograr su equilibrio definitivo y, en cambio, las generaciones de hombres avanzan hacia una progresiva decadencia a medida que se alejan del origen. Esta es la distinción fundamental entre los Inmortales y los hombres que viven sumergidos en el tiempo.

Ahora bien, si realizamos un análisis más minucioso, descubrimos inmediatamente que Hesíodo nos presenta una serie de cinco generaciones, lo cual es muy significativo puesto que todas las divisiones tradicionales de la evolución del Hombre constan de cuatro etapas solamente (los cuatro "mundos" de la Cábala, los cuatro Yugas en que se divide un Manvantara hindú, los cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra, etc.). El cuatro es el número en que tradicionalmente se divide lo creado (cuatro son las partes del día, cuatro las estaciones del año, cuatro las edades de la vida humana, cuatro las fases lunares, etc.).

Veamos pues el valor de cada generación: los hombres áureos son quienes existieron en el origen, su mundo fue un Edén y alcanzaron la beatitud, vivieron en los tiempos de Cronos:

T. y D., v. 111

Οἱ μὲν ἐπὶ Κρόνου ἦσαν, ὅτ' οὐρανῷ ἔμβασιλευν
Al culminar este ciclo se convirtieron en las deidades o genios protectores de los hombres, son los μάκαρες ἐπιχθόνιοι

los bienaventurados sobre la tierra:

T. y D., v. 122/123

τοὶ μὲν δαίμονές εἰσι Διδὸς μεγάλου διὰ βουλάς
ἔσθλοῦ, ἐπιχθόνιοι, φύλακες θνητῶν ἀνθρώπων,

Les siguió la generación de los hombres argéteos, quienes, a pesar de que gozaban de una prolongada y feliz infancia, al arribar a la adolescencia caían en la desmesura. Se negaron a rendir culto a los Inmortales y a realizar sacrificios en los altares de los Bienaventurados:

T. y D., v. 134/136

• • • ὕβριν γὰρ ἀτάσθαλον οὐκ ἐδύναντο
ἀλλήλων ἀπέχειν, οὐδ' ἀθανάτους θεραπεύειν
ἤθελον οὐδ' ἔρδειν μακάρων ἱεροῦς ἐπὶ βωμοῦς,

Cuando la Tierra los cubrió se convirtieron en los Bienaventurados de los Infiernos, los genios subterráneos de las tinieblas:

T. y D., v. 141

τοὶ μὲν ὑποχθόνιοι μάκαρες θνητοῦς καλέονται
Fue en tiempos de los hombres argéteos que Zeus desplazó a su padre del trono de los cielos.

Luego Zeus creó una tercera generación: los hombres broncíneos, raza terrible y violenta que solo pensaba en las obras y desmesuras de Ares:

T. y D., v. 145/146

• • • δεινὸν τε καὶ ὄβριμον· οἷσιν Ἄρηος
ἔργ' ἔμελεν στονόεντα καὶ ὕβριες • • •

Sucumbieron luchando entre sí y fueron sepultados por la muerte en el brumoso Hades, fueron arrebatados para siempre de la luz del sol. Son los "sin nombre":

T. y D., v. 152/155

Καὶ τοὶ μὲν χεῖρεσσιν ὑπὸ σφετέρῃσι δαμέντες
βῆσαν ἐς εὐρώεντα δόμον κρυεροῦ Αἴδαο
νώνυμοι· θάνατος δὲ καὶ ἐκπάγλους περ ἔόντας
εἶλε μέλας, λαμπρὸν δ' ἔλιπὸν φάος ἡελίοιο.

Y entonces Zeus creó la divina generación de los hombres héroes o semidioses, quienes perecieron luchando frente a Tebas o frente a Troya. Y Zeus les concedió una morada en los confines de la tierra, en las Islas de los Bienaventurados junto al Océano. Son los héroes afortunados que habitan en condiciones similares a las que gozaban los hombres áureos, su existencia después de la muerte es una nueva Edad de Oro:

T. y D., v. 170/173

Καὶ τοὶ μὲν ναίουσιν ἀκηδέα θυμὸν ἔχοντες
ἐν μακάρων νήσοισι παρ' Ὀκεανὸν βαθυδίνην,
ὄλβιοι ἥρωες, τοῖσιν μελιρδέα καρπὸν
τρις ἔτεος θάλλοντα φέρει ζεῖδωρος ἄρουρα

Cierra la sucesión de generaciones la de los hombres férreos, que llevará la decadencia hasta sus últimas consecuencias. Esta es la Edad en que vivimos, a la que Zeus pondrá fin el día en que los niños nazcan con los cabellos canos, el día en que todo el orden moral se haya alterado y controvertido. Así entonces Aidós y Némesis abandonarán a los hombres y ascenderán hacia los Inmortales, lo que preanuncia la conflagración final de los sucesivos ciclos:

T. y D., v. 197/201

καὶ τότε δὴ πρὸς Ὀλυμπον ἀπὸ χθονὸς εὐρυοδείης
 λευκοῦσιν φάρεσσι καλυψαμένα χρῶα καλῶν
 ἀθανάτων μετὰ ψῦλον ἔτον προλιπόντ' ἀνθρώπους
 Αἰδῶς καὶ Νέμεσις· τὰ δὲ λείπεται ἄλγεα λυγρὰ
 θνητοῦς ἀνθρώποισι· κακοῦ δ' οὐκ ἔσσεται ἀλκή.

Hesíodo no manifiesta explícitamente si después de la Edad de Hierro recomenzará una nueva Edad de Oro, sin embargo en los versos 174 y 175 nos dice que preferiría haber nacido antes o después de la generación férrea, lo que hace pensar en un resurgimiento futuro de los ciclos. De todos modos esto no es algo tratado específicamente por Hesíodo.

De esta serie de generaciones surge indudablemente como algo diferenciado del conjunto la cuarta Edad: la de los Héroeos. Posee características propias: es la única generación que no se identifica por medio de un metal, es la única que no significa la aparición de hombres inferiores a aquellos de la generación anterior, es la única que Zeus no envía al Hades. En un mito cosmológico de este tipo es verdaderamente notable que se produzca una variación de esta naturaleza, puesto que es imposible poner en duda que Hesíodo recibió este mito de una tradición mucho más antigua que él. Por tanto no nos parece prudente afirmar que la intercalación de la Edad de los Héroeos sea una total invención de Hesíodo, sino que más bien creemos que esta generación de Héroeos responde al contexto general de la mitología homérica y que Hesíodo sintió la necesidad de su inclusión en la serie, por razones de filiación a la epopeya de su pueblo y por otras razones que analizaremos inmediatamente.

La cuestión capital es saber qué significado reviste para el mito la presencia de esta Edad intercalada: nosotros creemos que el meollo de la respuesta reside en el hecho de que la generación de los Héroeos le sirve a Hesíodo para introducir el tema de las Islas de los Bienaventurados. Este es un tema o símbolo fundamental en el pensamiento helénico, es la comarca en los confines del mundo, que no se halla ni en la tierra que habitan los hombres, ni en el Hades adonde descienden después de la muerte, ni en el cielo de los Inmortales, sino que es una región que se halla, podríamos decir, fuera del ciclo normal de la vida y reproduce las características de una Edad de Oro: los Héroeos que ingresan a las Islas de los Bienaventurados recuperan

la pérdida beatitud de los orígenes. No obstante, es preciso diferenciar, no se confunden con los dioses, no acceden al Olimpo, no habitan el cielo de los Inmortales, sino que desde una existencia humana alcanzan una región libre de la culpa y la decadencia de los hombres. Por esta razón los Héroos son semidioses, es decir mitad hombres y mitad dioses, en una palabra son *mediadores*, mediadores entre el plano divino y el humano. Además son mediadores entre las demás generaciones de hombres y la actual: aunque pertenecen al mundo milenarío del pasado es posible situarlos, a través del mito, en Tebas y Troya, es decir que ellos inauguran la historia, están colocados entre los tiempos legendarios y los tiempos históricos. Es importante recordar que un héroe es un hombre que realiza hazañas que están vedadas al común de los hombres. El héroe logra superar la condición humana porque es capaz de vencer a la muerte: solo los héroes son capaces de descender al Hades y retornar transfigurados. Cuando un hombre ha llegado a ser un héroe retorna a su lugar de origen y puede conducir a su pueblo porque es "algo más que un hombre", ha triunfado sobre la muerte y le ha arrancado su secreto: posee el conocimiento (Odiseo es un ejemplo típico). Y son justamente los héroes quienes vivieron en la Edad anterior al mundo actual, ellos son los fundadores, los guías de los pueblos helénicos.

Ahora bien, a este tema de las Islas de los Bienaventurados podríamos llamarlo también, genéricamente, Campos Elíseos, por darle el nombre con el que desde Virgilio hasta nosotros conocerá un gran desarrollo: *Eneida*, VI, 638/641

devenere locos laetos et amoena virecta
 fortunatorum nemorum sœdesque beatas.
 Largior hic campos aether et lumine vestit
 purpureo, solemque suum, sua sidera norunt.

Las características del lugar al que arriba Eneas no son propias del Hades, sino que son cabalmente las mismas de las Islas de los Bienaventurados, sede de la beatitud. En este sentido queremos indicar que Campos Elíseos e Islas de los Bienaventurados constituyen expresiones de un mismo núcleo semántico, de una importancia fundamental en la formación de la cultura occidental. Dicho núcleo podría ser descrito de este modo: es una región a la que solo tienen acceso desde su vida humana ciertos seres muy especiales, los héroes; esta región se encuentra fuera de los tres mundos tradicionales (Cielo, Tierra, Infierno) o bien podemos decir que no se encuentra totalmente en ninguno de los tres: en ella se recupera la beatitud de que gozó el primer hombre o la primera generación de hombres. No es idéntica a la Edad de Oro: la más profunda diferencia entre Edad de Oro y Campos Elíseos (o Islas de los Bienaventurados) reside en que la primera se halla en el comienzo o en el final de los tiempos, en cambio los Campos Elíseos no están dentro del ciclo de los tiempos sino que se puede acceder a ellos desde cualquier instante del ciclo, son la

posibilidad de retornar, en cualquier punto de la evolución descendente, hacia la unidad primordial.

Así es que estamos convencidos de que la aparición de la Edad de los Héroes era imprescindible en el mito hesiódico para configurar una visión del Hombre que no dejase a un lado ninguno de los núcleos semánticos fundamentales. *Teogonía* y *Los Trabajos y los Días* establecen, como lo hemos comentado, todos los pasos de una cosmogonía y de una cosmovisión propias del pensamiento mítico helénico. Pues, en definitiva, ¿cuál es el tema medular de *Los Trabajos y los Días*? Sin lugar a dudas la Justicia o, si se quiere, el equilibrio de la vida humana y su explicación y justificación. Entonces nos parece evidente que tanto el mito de Pandora como el de las generaciones deben poseer una relación directa con la Justicia entre los hombres: por medio de estos dos mitos Hesíodo nos ofrece todos los elementos necesarios para comprender cómo la condición humana llegó a ser lo que es. Constituyen la base a partir de la cual Hesíodo proporciona una norma de vida a su hermano. En consecuencia, ¿qué valor reviste la Edad de los Héroes con respecto al tema esencial de *Los Trabajos y los Días*?

Existen, según nuestra opinión, dos interpretaciones posibles: por un lado el mito de las Edades ofrece una visión de la evolución del Hombre desde sus orígenes hasta la actualidad, esto es, una sucesión de generaciones que se recemplazan unas a otras a través del tiempo. En ese sentido la Edad de los Héroes es una etapa pasada con características propias que se ha desplegado en la época narrada por las leyendas del ciclo tebano y del ciclo troyano. En cambio, por otro lado, el mito de las Edades puede ser interpretado no en forma sucesiva sino en forma simultánea. En verdad una interpretación no invalida la otra, pues existe en este mito una parte evolutiva y otra que podríamos llamar entitativa; creemos que el mito en cuestión por un lado narra la evolución temporal del ser humano y, por otro, describe sus características o estados posibles.

Desde este último punto de vista interpretamos que Hesíodo, ante todo, nos dice que existen en el mundo hombres áureos, argénteos, bronceos y férreos, con las virtudes y defectos que son propios de cada uno, o bien que esas son las posibilidades dentro de lo humano, aunque las características áureas, férreas, etc. no se den plenamente en ningún ser humano en particular. Este sentido entitativo y no evolutivo se desprende del hecho de que Hesíodo expresa claramente qué es en definitiva cada generación: unos son los espíritus protectores de los hombres sobre la tierra, otros son los protectores de los Infiernos, otros son la personificación del odio: los sin nombre, y otros son, por último, los más innobles, los desprovistos de toda espiritualidad o moralidad, los férreos. Esta serie de entidades humanas es perenne, integra la descripción hesiódica del plano de lo

humano, lo cual tiene su correlato divino en la *Teogonía* en la circunstancia de que las generaciones de dioses que se reemplazan sucesivamente en el trono celestial no desaparecen para dar paso a las nuevas, sino que, en última instancia, quedan definitivamente ordenadas en sus ámbitos correspondientes y conforman los diversos estratos del plano de lo divino. En el mundo existen divinidades celestiales, terrenales e infernales, todas bajo el orden instaurado por Zeus.

Ahora bien, además de las modalidades humanas descriptas según la cuatripartita división tradicional, Hesíodo presenta a los Héroes, los Semidioses que tienen acceso a las Islas de los Bienaventurados. Esta es la única generación que no está constituida por un tipo de hombres sino por seres que son más que hombres, por seres que están instalados entre el plano humano y el divino, por *Mediadores*. Pues bien esta no es otra clase de hombres, sino que este es un estado hacia el que todos los hombres tienden y al que llegan solamente quienes tienen la capacidad de convertirse en héroes, en conductores de los demás hombres.

Entonces la beatitud puede ser recuperada, según esta interpretación de Hesíodo, desde nuestra condición humana caída entre los males: en síntesis, la Virtud y la Justicia de que trata largamente *Los Trabajos y los Días* pueden conducir al Hombre hasta las Islas de los Bienaventurados. Es decir que existe una posibilidad de redención dentro de la vida de los hombres, que puede hacer retornar al Paraíso Perdido. Si los hombres no pudiesen llegar a ser héroes y no existiesen las Islas de los Bienaventurados, la Justicia y la Virtud no tendrían finalidad alguna: esta es la redención que conlleva la naturaleza humana misma. Pues, en definitiva, el Hombre es una criatura que justamente se define como Mediador; entre Dios y la Naturaleza está colocado el Hombre, único ser de la Creación que participa de dos planos: el profano y el sagrado, la materia y el espíritu, y que no es otra cosa que la tensión entre ambos extremos. Todos los hombres son mediadores y buscan en su vida las Islas de los Bienaventurados, sin embargo, tal vez solo logren ser mediadores en el pleno sentido los poetas, los hombres que, como Hesíodo, han alcanzado la Palabra.

JULIO A. FERNÁNDEZ BERNADES
(de la Universidad de Buenos Aires)